

el Louvre por ejemplo, hay en mí alguna imagen de la sensación visual que tendría en su presencia.—Cuando pienso en una cosa general, el árbol ó el animal, hay en mí algún resto más ó menos vago de una imagen análoga, y en todo caso, la imagen de su nombre, es decir, sensaciones visuales, auditivas, musculares que este nombre provocaría en mí si le leyera, si le pronunciara ó le oyera.—Por tanto, en todas las operaciones superiores que hacemos por medio de nombres abstractos, juicios, razonamientos, abstracciones, generalizaciones, combinaciones de ideas, hay imágenes más ó menos borrosas ó claras.—Por otra parte, es evidente que todo recuerdo y toda previsión contienen imágenes. Cuando me acuerdo de que el sol ha salido ayer por cierto punto del horizonte, y cuando preveo que saldrá mañana por tal otro del cielo, tengo interiormente la imagen distinta ó vaga de la sensación visual que he tenido ayer y de la que tendré mañana.—De modo semejante, todas las percepciones asociadas que el recuerdo y la previsión añaden á la sensación simple para constituir la percepción externa ordinaria, todos los juicios, creencias y conjeturas que una sensación sensible origina acerca de la distancia, la forma, la especie y las propiedades de un objeto, contienen también imágenes. Este sillón que hay á tres pasos de mí, no dá á mi vista más que la sensación de una mancha verde diversamente sombreada según sus diferentes partes; y sin embargo, en esta simple indicación, juzgo que es sólido, blando, que tiene cierto tamaño y cierta forma, que uno puede sentarse encima; en otros términos, imagino cierta una serie de sensaciones musculares y táctiles que mis

manos y mi cuerpo tendrán, si hago la experiencia en su lugar.—Finalmente, en la conciencia de nuestras sensaciones presentes hay imágenes; porque, cuando tenemos conciencia de un dolor, de un sabor, de un esfuerzo muscular, de una sensación de frío ó de calor, la situamos en tal ó cual lugar de nuestros órganos ó de nuestros miembros; en otros términos, mi sensación despierta la imagen de las sensaciones táctiles, visuales y musculares que emplearía para reconocer el sitio en que se produce la conmoción nerviosa.

De aquí se deduce que en todas estas operaciones se halla incluida una alucinación, al menos en estado naciente. La imagen, repetición espontánea de la sensación, tiende como ella á provocar una alucinación. Sin duda no la provoca completamente; el trabajo mental comenzado es contenido por las represiones circunvecinas; sería preciso que la imagen estuviera sola y entregada á sí misma, como en el ensueño y el hipnotismo, para que pudiera alcanzar su plenitud y lograr todo su efecto; solo lo logra á medias; cuando lo hace por entero, el individuo está loco.—Pero poco importa que el proceso alucinatorio esté bosquejado ó terminado, y puede definirse nuestro estado de espíritu durante la vigilia y la salud como una *serie de alucinaciones que no se terminan*.

Consideremos, en efecto, nuestras representaciones ordinarias y el contenido habitual de nuestro cerebro: nos figuramos tal casa, calle, gabinete de trabajo, salón, tales figuras humanas, sonidos, olores, sabores, contactos, esfuerzos musculares, y sobre todo, tales ó cuales palabras;

estas últimas, leídas, oídas ó pronunciadas mentalmente, son los inquilinos más numerosos de un cerebro que piensa. Todas son fantasmas de objetos exteriores, simulacros de acción, apariencias de sensaciones, reconocidas al instante como simples apariencias, y además, fugitivas, borrosas, incompletas, pero en suma, de la misma naturaleza que el fantasma de casa ó de cabeza de muerto engendrado en el alucinado, que la apariencia de picaduras cutáneas ó picor nasal engendrado en el hipnotizado y el somnábulo. De la idea á la alucinación no hay otra diferencia que la del germen al vegetal ó el animal completo.

No tenemos más que considerar las enfermedades mentales para ver al germen desarrollarse y adquirir el crecimiento, que en el estado normal no puede alcanzar. Examinemos sucesivamente las palabras y las imágenes que forman nuestros pensamientos ordinarios.—En estado normal, pensamos muy bajo mediante palabras mentalmente oídas, ó leídas, ó pronunciadas, y lo que hay en nosotros es la imagen de tales sonidos, letras ó sensaciones musculares y táctiles de la garganta, la lengua y los labios.—Ahora bien, basta que estas imágenes, sobre todo las primeras, vengan á exagerarse, para que el enfermo experimente alucinaciones del oído y crea oír voces.—«Durante mi fiebre, dice Mme. C... (1), percibí una araña que por su hilo se lanzaba desde el techo á mi cama. Una voz misteriosa me mandó cogerla. Como el insecto me inspiraba horror le he cogido con la punta de la sábana.

(1) Baillarger, *Des hallucinations*, págs. 14, 24, etc.

Después de bastantes esfuerzos, me he levantado y he recibido la orden de quemar la araña y la sábana para librarme del sortilegio: prendo, por tanto, fuego á la sábana. Mi cuarto se llena entonces de un humo espeso. Una voz misteriosa me dice entonces que abandone la habitación lo más pronto posible... Después de haber corrido por las calles durante tres ó cuatro horas, oí á la voz misteriosa, en el momento en que pasaba por delante de una pastelería, decirme que comprara un pastel, lo cual hice. Más lejos, encontrándome cerca de una fuente, se me ordena que beba. Compró un vaso y bebo». Algunas horas después, se encuentra en la calle Vendôme, cerca del establecimiento de baños; la voz misteriosa la obliga entonces á bañarse; pero esta misma voz sale con tanta fuerza del fondo del baño, que Madame C..., aterrada, se retira sin haber osado bañarse.—«M. N... (1) era prefecto en 1812 de una gran ciudad de Alemania que se alzó contra la retaguardia del ejército francés en retirada». Su espíritu se trastornó por esto, se cree acusado de alta traición, deshonrado; en resumen, se degüella con una navaja de afeitar. «En cuanto ha recobrado sus sentidos, oye voces que le acusan; curado de su herida, oye las mismas voces... Le repiten éstas noche y día que ha hecho traición á su deber, que está deshonrado, que nada tiene que hacer mejor que matarse. Se sirven alternativamente de todas las lenguas europeas que son familiares al enfermo; una sola de estas voces se oye menos distintamente, porque se expresa en ruso, que M. N... habla con menos

(1) Esquirol, *Traité des maladies mentales*, 1, 161.

facilidad que las otras. Muchas veces M. N... se aparta para mejor escuchar y oír; pregunta y responde; está convencido de que sus enemigos, con ayuda de medios diversos, pueden *adivinar sus más íntimos pensamientos...* Por lo demás, razona con perfecto acierto, todas sus facultades intelectuales están en completa integridad, sigue la conversación acerca de diferentes asuntos con el mismo ingenio, igual saber, la misma facilidad que antes de su enfermedad... Vuelto á su país, M. N... pasa el verano de 1812 en un castillo y allí recibe mucha gente. Si la conversación le interesa, no oye ya las *voces*; si languidece, las oye de modo imperfecto, abandona la reunión y se aparta para oír mejor lo que dicen estas *pérfidas voces*; vuelve inquieto y preocupado.— Estas alucinaciones persistieron algún tiempo después de volver la razón. Pero no eran ya continuas y casi no se originaban sino por la mañana inmediatamente después de levantarse.

«Mi convaleciente, dice Esquirol, se distrae con la más pequeña conversación, con la más ligera lectura; pero entonces juzga estos síntomas como los juzgaba yo mismo; los considera como un fenómeno nervioso y expresa su asombro de que le hayan engañado tanto tiempo».—«Nada más frecuente, añade M. Baillarger, que oír á los enfermos quejarse de que interlocutores invisibles cuentan una porción de cosas que les atañen... ¿Cómo, para servirme de la expresión de una enferma, puede leerse en su vida como en un libro?»

No sólo la imagen del sonido articulado, es decir, de las palabras, sino toda imagen de sonido puede desarrollarse hasta llegar á ser sensación

interna (1). «En 1831, durante un motín, la mujer de un obrero, en cinta de ocho meses y tratando de volver á su casa, ve caer á su marido mortalmente herido por una bala, da á luz; diez días después el delirio aparece; oye el ruido del cañón, descargas, el silbido de las balas, y se escapa al campo: Llevada á la Salpêtrière, cura al cabo de un mes». Durante seis años, ha sufrido seis accesos semejantes, y siempre las mismas alucinaciones se han renovado desde el comienzo del delirio. «Constantemente la enferma ha huído al campo para evitar el ruido del cañón, de los tiros de fusil, de los vidrios rotos por las balas».— En un cerebro sano, la imagen de los sonidos oídos durante el motín se habría reproducido con exactitud, pero como con sordina. Habría podido ser rechazada y recordada á voluntad. Por estos dos caracteres, habría sido reconocida como puramente interior y se habría distinguido de la sensación. Aquí, se reproducía con una intensidad igual á la de la sensación, de improviso, sin acudir á la voluntad, contra toda resistencia de esta; no difería, por tanto, más de la sensación tal como la conocemos mediante la conciencia. Por esto tenía los mismos efectos y las mismas consecuencias, y renovaba la perturbación y el terror que la mujer, todavía sana de espíritu, había experimentado durante la lucha.

La misma observación con respecto á las demás imágenes, y notablemente las de la vista. Una señora acaba de perder á su marido, se aflige mucho, y como cree en la inmortalidad del alma, se ocupa sin cesar de su marido como de

(1) Baillarger, *Des hallucinations*, p. 9.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. FERRANDO REYES
MAY 1915

una persona todavía existente (1). «Una noche, en el momento en que se acostaba, iluminada la habitación por un resplandor tenue, ve á su marido acercarse á ella con precaución; le oye pronunciar algunas palabras en voz baja, y siente su mano oprimida por la del difunto.» Llena de duda y sorpresa, contiene la respiración, el fantasma desaparece, y reconoce que ha sido engañada por una alucinación.—«Dos individuos, dice Griesinger, poco tiempo antes de estallar la locura, se habían dado mucho á la caza; en ellos, el delirio giró mucho tiempo sobre sus aventuras cinegéticas. Otro había leído, poco tiempo antes de caer enfermo, la relación de un viaje por el Himalaya, y sobre este particular daba principalmente vueltas su delirio».—Las circunstancias (2) más borradas de nuestros primeros años, los incidentes menos notados y más insignificantes de nuestra vida resucitan á veces con esta hipertrofia monstruosa. «He pasado mis primeros años en Meaux, dice M. Maury, é iba con frecuencia á una aldea vecina, llamada Trilport, situada junto al Marne, en que mi padre construía un puente. Una noche me encuentro entre sueños transportado á los días de mi infancia y jugando en esta aldea de Trilport. Percibo, vestido con una especie de uniforme, á un hombre al que dirijo la palabra preguntándole su nombre. Me dice que se llama C..., que es el guar-

(1) Renaudin, *Études médico-psychologiques*, p. 423, y Griesinger, *Traité des maladies mentales*, 83.

(2) Abundantes ejemplos referidos por Maury, *le Sommeil et les Rêves*, tercera edición, 70, 120, 128.—Otras observaciones de imágenes, que, al renacer, llegan á ser alucinatorias, en De Quincey, *Confessions of an opium eater*, p. 83.

da del puesto, luego desaparece para dejar lugar á otras personas. Me despierto sobresaltado con el nombre de C... en la cabeza. ¿Era una pura fantasía, ó había habido en Trilport un guarda del pueblo llamado C...? Lo ignoraba, no teniendo recuerdo alguno de un nombre semejante. Interrogo, algún tiempo después, á una vieja criada, en otro tiempo al servicio de mi padre y que me llevaba muchas veces á Trilport. La pregunto si recuerda á un individuo llamado C... y me responde enseguida que era un guarda del puesto del Marne, cuando mi padre hacía el puente. Ciertamente yo lo había sabido como ella, pero el recuerdo se había borrado. El ensueño al evocarle me había como revelado lo que ignoraba».—De modo semejante, Teófilo Gautier me cuenta que un día, pasando por delante del Vaudeville, leyó en el cartel: «La polka será bailada por M...» He aquí una frase que se le fija, y en la que en adelante piensa incesantemente y á su pesar, por una repetición maquinal. Al cabo de algún tiempo, no es ya una simple frase mental, sino una frase compuesta de sonidos articulados, provistos de un timbre y en apariencia exteriores. Esto duró varias semanas, y empezaba á inquietarse, cuando de pronto, la obsesión desapareció.—No hay imagen normal, aún la más vieja, la más debilitada, la más latente, que no pueda vegetar y amplificarse de este modo, del mismo modo que no hay semilla de adormidera, la más pequeña, la más abandonada al azar, que no pueda hacerse una adormidera.

Por esto, si se quiere comprometer el trabajo mental, que provoca la imagen en su estado de reducción y aborto, es preciso examinar el traba-

jo mental que provoca en su estado de plenitud y libertad, imitar á los zoólogos, que para explicar la estructura de un resto óseo inútil, muestran, por la comparación con las especies próximas, que se trata de un miembro rudimentario; imitar á los botánicos que aumentando la alimentación de una planta, cambian sus estambres en pétalos y prueban de este modo que el estambre ordinario es un pétalo desviado y abortado.—Mediante aproximaciones semejantes, y conforme á hipertrofias análogas, descubrimos que la imagen, como la sensación que repite, es por naturaleza *alucinatoria*. Así la alucinación, que parece una monstruosidad, es la trama misma de nuestra vida mental; considerada con relación á las cosas, unas veces las corresponde, y en este caso constituye la percepción exterior normal; otras, no las corresponde, y en este caso, que es el del ensueño, el somnambulismo, el hipnotismo, y la enfermedad, constituye la percepción exterior falsa, ó alucinación propiamente dicha.—Considerada en sí misma, tan pronto es completa ó acabada en su desarrollo, como ocurre en los dos casos precedentes, como está reprimida y permanece rudimentaria, como ocurre en las ideas, concepciones, representaciones, recuerdos, previsiones, fantasías, y todas las demás operaciones mentales.

CAPÍTULO II

LA RECTIFICACIÓN

I. Ejemplo de la rectificación.—Caso del ensueño.—Doble efecto de los reductores antagónicos.—La representación se debilita y deja de parecer objeto real.—Aun cuando la representación permanezca clara y coloreada, deja de parecer objeto real.—Mecanismo general de esta última rectificación.—Consiste en una negación.—Se hace por la unión de una representación contradictoria.—Diversos puntos acerca de los cuales puede versar la contradicción.

II. Aplicaciones.—Rectificación de la ilusión del teatro.—Rectificación de las ilusiones de óptica.—Rectificación por el amputado de su ilusión. Rectificación por el alucinado de su ilusión.—La ilusión se suprime, sea en su primera etapa, sea en una de sus etapas ulteriores.

III. Diversos estados y grados de la representación contradicha.—Caso en que es débil.—Caso en que es intensa.—Caso en que se trasforma en sensación.—Teoría fisiológica de estos diversos estados.—Acción persistente de los centros de la sensibilidad.—Acción de retorno de los hemisferios sobre los centros sensibles.

IV. Estado anormal y grado máximo de la representación.—Entonces la sensación antagónica es nula y la representación contradictoria no es un reductor suficiente.—La representación contradictoria no es eficaz sino en los grupos de imágenes cuyo grado es el mismo que el suyo.